razones, todas las admiraciones, fué el ídolo de la gigantesca ciudad.

¿Mas no nos pinta el viejo Homero, en su divina sabiduría, a todos los vasallos de Priamo prosternados en torno del caballo de madera que encerraba la ruina de Ilion?

IX.

LA FANTASMA.

Sabiendo ya quién era el marques de Rio Santo, lo que habia hecho y con qué recursos contaba para luchar solo contra la Inglaterra, podemos indicar la parte insensata ó prudente de su proyecto. En cuanto a nosotros, creemos que es enteramente superfluo emitir nuestra opinion.

Réstanos solo decir ántes de volver a continuar el hilo de los acontecimientos, que Mac-Farlane y Fergus hicieron cuantos esfuerzos son imaginables, para hallar en Londres a la condesa de White-Manor y a su hija, esfuerzos que fueron enteramente inútiles, pues ni era fácil hallarla, ni daba nunca noticias suyas; pero, miéntras que esperando constantemente un feliz resultado, continuaban ambos con actividad sus diligencias; y como dos años ántes de la época en que comienza nuestro drama, María volvió sola a Escocia.

Muerta su hija, nada le movia a vivir en Londres.

Angus le hizo mil preguntas; pero la infeliz cambiadí-

sima corporal y espiritualmente, no respondió mas que estas palabras:

—¡Mi hija ha muerto!

En cuanto al hombre que la habia recogido y mantenido, nunca quiso decir nada; y al preguntarle Mac-Farlane por qué se habia confiado a un hombre que no conocia.

—Porque me dejaba mi secreto, replicó; y su reserva generosa era la seguridad de mi hija.... pero la desdichada ha muerto.... ¡ha catorce años! ¡Su carcelero me lo ha dicho!

—¿Quién sabe si no os ha engañado? dijo Fergus.

—¡El carcelero!.... ¡hombre cruel es y no conoce la piedad! Pero no hay un hombre bastante cruel para decir a una madre: tu hija ha muerto, cuando no es verdad.

María no quiso ver a nadie, y mucho ménos a Fergus, confinándose en una pieza separada del palacio de Crewe para poder llorar y rezar a su gusto.

Cuando caía Mac-Farlane en los accesos de su mal, su hermana María le cuidaba con placer y dulzura, siendo la única que podia dominarle en aquellos momentos funestos, pues Mac-Farlane la quiso siempre en estremo.

Todo el mundo ignoraba la llegada de María al castillo de Crewe, por no haber vuelto a salir desde la noche en que entró, despues de anochecer, a no ser para dar un paseo solitario, hàcia las ruinas desiertas de Santa María. Era raro que fuesen los aldeanos de las inmediaciones a aquel sitio, que infestaba, segun ellos, el recuerdo de los frailes papistas; y si alguno hubiese visto la forma blanca de la condesa errante entre las ruinas, la hubiera tomado por una aparicion maldita, y al punto hubiera desaparecido, estropeando una fórmula de ecsorcismo bíblico.

Por lo que respecta a los otros personages, es del todo escusado analizar los hechos de su vida pasada. Hay uno, sin embargo, que mereceria una mencion especial, y creemos que el lector se alegraria de saber la sucesion de acontecimientos romancescos por la cual habia pasado Paddy O'Chrane, de simple marinero a patron de la corbeta el *Areng* fletada por Gween and Gween de Carlisle. En esta historia sumamente curiosa y llena de particularidades nuevas y de lecciones sicológicas, encontraria el lector juramentos a porfia y una coleccion de blasfemias enteramente inconcebibles; pero causas mayores, y que será un misterio hasta la conmemoracion de los siglos, nos obligan a no hacer uso de los inmensos materiales que con tanto trabajo hemos reunido, y que nos hubiesen permitido hacer,—mejor que nadie en el mundo,—la biografía completa y verídica del buen capitan.

Dicho esto volvemos a nuestro relato, para evitar toda reconvencion.

Miéntras que tenía lugar la entrevista de Brian de Lancester con su hermano mayor, el lord de White-Manor, Francisco Perceval y Estevan Mac-Nab estaban en casa de la madre de este último, en la casa de Cornhill, y sus semblantes manifestaban la tristeza y el abatimiento. Habia succedido un resultado tan deplorable al primer acto de hostilidad que contra Rio Santo intentaron, que su valor decayó completamente. Desde entonces, segun sabemos, María Trevor, víctima de una horrible enfermedad, tenia un pié en la tumba.

Todos los dias llamaba Francisco a la puerta de lady Stewart, y todos los dias venia Diana desconsolada a decirle que la pobre María estaba petrificada, y le repetia su lúgubre presagio de muerte.

La enfermedad de María, horrorosa en sí misma, ponia

a Rio Santo al abrigo de toda clase de ataque. En cuanto a Francisco Perceval, ligado como lo estaba por el juramento prestado a lady Ofelia, no podia moverse sin María, y ésta no podia de modo alguno oirle.

Estevan no habia prestado juramento, es verdad; pero su impotencia no era ménos real por eso. ¿A qué magistrados podia dirigirse? ¿Cómo acusar al marques de haber robado a Ana y a Clara? ¡Quién acogeria esta declaracion sin pruebas? ¿Quién creeria este hecho, del cual dudaba el mismo Mac-Nab?

Sin embargo, era menester salir de aquella posicion desastrosa. Decimos desastrosa, por los ningunos resultados de las diligencias practicadas para saber el paradero de las dos niñas; porque Donor d'Arddagh, el pobre irlandes, no sabia ya qué hacer; por último, porque segun todas las probabilidades nada podia esperarse.

Estevan habia ido muchas veces a Belgrave-Square, sin decir nada a Perceval, con objeto de avistarse con el marques de Rio Santo, y decidido a emplear todos los medios para arrancarle una esplicacion. Pero tambien aquí estaba el camino obstruido desde el primer paso; pues la puerta de Irish-House no se abria nunca, y Rio Santo velaba noche y dia a Angus Mac Farlane.

Ambos amigos estaban sentados cara a cara, cerca de la mesa de labor de Estevan. La habitacion, amueblada con simplicidad, presentaba el aspecto severo y un tanto repugnante de los cuartos de los pràcticos de Londres. Estos señores, en efecto, ostentan en sus casas un lujo de restos humanos llenos de atractivos sin duda para las miradas científicas; pero que hiere sobremanera la vista de los simples mortales.

Encima del bufete habia dos esqueletos pequeños de

cera, de hombre y de muger, esponiendo la horrorosa espiral de su tronco, su cráneo con todas sus partes, y guardando, segun la moda, una posicion académica de un efecto admirable. Sobre la chimenea, en vasos de cristal llenos de espíritu de vino, nadaban dos embriones, mirándose uno a otro sin manifestarse muy orgullosos por los esplendores de sus féretros. A derecha é izquierda, por todas partes se veian piezas anatómicas suspendidas a las paredes. Aquí habia un brazo, allá una columna vertebral, mas allá una tibia, cerca de esta un par de rótulas. Encima del espejo que adornaba la chimenea, enseñaba una quijada irlandesa sus dientes largos y blancos que parecian estar hambrientos.

Estevan era un médico modesto, y así no habia en su habitacion lo que de ordinario embellece las de los *phisician* a la moda, cosa que se esplica fácilmente: nuestras damas son locas por la anatomía, y no ahorcando todos los dias, es menester distraer de algun modo.

La conversacion de Francisco y Estevan era triste y habia largos intervalos de silencio. Ambos se amaban, y su afecto a toda prueba llevaba consigo una aficion mútua; pero el desaliento arrastra en pos de sì una especie de marasmo en cuyo fondo está la apatía, la apatía es el egoismo. Al paso que los dos amigos querian compartir la pena, hablaban cada cual por sí, y soltaban en su conmocion palabras incoherentes.

—He escrito a Lochmaben, decia Estevan; aunque bien pensado es locura esperar, Francisco.

—Espantosa desgracia, Mac-Nab, respondiò Francisco; ¡còmo preverla!

—¡Y siquiera un indicio!.... ¡Nada, nada!.... ni un movimiento.... apenas un soplo.

Francisco pensaba en cuerpo y alma en Miss Trevor,

miéntras qué Estevan hablaba de Clara, de modo que no podian entenderse.

Pero habia momentos en que se entendian, manifestándose todo el ardor de su amistad de infancia en cuanto el nombre detestado de Rio Santo, pronunciado por casualidad, ponia coto a su somnolencia. Cruzábanse sus manos, volvíanse ellos mismos, y ambos participaban de sus mútuos pesares.

La péndola señalaba las nueve ménos un cuarto. En un intervalo de silencio, subió del entresuelo un ruido débil, y Francisco creyó oir su nombre.

—Me parece que es la voz de Santiago, dijo.

Estevan se despertó sobresaltado y aplicó el oido.

—La voz de Santiago es, respondió. ¡Ojalá os traiga buenas noticias, Francisco!

Al hablar así, corrió a la escalera, de donde mandó al antiguo criado que subiera corriendo.

—¡Bien! ¡bien! señor, dijo desde abajo la voz agridulce de Betty, criada de mistres Mac-Nab; el señor Estevan me habia prohibido que dejase subir a nadie; pero puesto que ya no es el amo en casa de su madre, hágase lo que querais....Subid, Santiago, si os lo permiten vuestras piernas. Id a hablar a ese caballero, que no parece sino que está en su casa.

Santiago subió al momento.

—¿Qué hay de nuevo? esclamó Perceval con viveza.

—Dos cartas, señor, respondiò el anciano sin aliento.

Francisco tendiò la mano con ansiedad, y Santiago, que por lo mismo que se apresuraba, tardaba mas en inspeccionar la profundidad de sus bolsillos, sacó por fin las dos misivas, que le arrancó su amo de las manos.

Francisco abrió una y volvió al cuarto de Estevan, a donde quiso seguirle Santiago; pero apénas vislumbrò los

esqueletos imitados y verdaderos que adornaban aquel recinto científico, dió algunos pasos hácia atras y quedó como aterrado en un rincon de la antesala; Francisco recorrió rápidamente las seis ú ocho líneas que encerraba la primera carta, sin que disminuyese su emocion.

—¿Y luego, Santiago? ¿luego? dijo.

Habiéndose cerrado la puerta por sí misma, merced al un sistema de peso muy general en Londres, y nada dispuesto a abrirla Santiago, muerto de pavor en su rincon, estas palabras no obtuvieron respuesta alguna. Podemos, sin embargo, asegurar que Santiago a pesar de su calvicie, se hubiera medido con valor a puñadas contra un hombre; mas entonces se trataba de esqueletos, y el infeliz tenia miedo por dos razones.

Primeramente, porque la devocion protestante odia la anatomía, que los ministros ignorantes y santurrones miran como un sacrilegio y luego porque Santiago era escoces, y como tal, propenso a dejarse llevar de todos los pavores irreflecsivos de la supersticion. Aquellos esqueletos tenian para él algo de hechicería, y Mac-Nab tomaba súbitamente a sus ojos las proporciones de un negociante.

Un incidente puso el colmo a su espanto miéntras estaba allí temblando y escandalizado. Una cosa horrorosa y siniestra, que se parecia a un ser humano, pasò cerca de él estertorando sordamente.

Era un cuerpo largo, flaco, remontado de una cabeza erizada.

Tan inmediato a él pasò, que creyó sentir en su cara el aire de un aliento ardiente, un aire diabólico, sin género de duda, que no podia haber sido ecshalado sino por una fantasma salida del infierno.

Santiago no tuvo valor para gritar; en cuanto a la fan-

tasma desapareció al instante por la puerta del cuarto que habian habitado las dos Misess Mac-Farlane.

—¡Santiago! ¡Santiago! gritaba en el interior Francisco con impaciencia.

Indeciso este entre la necesidad de pronunciar la fórmula del ecsorcismo y la de responder a su amo, no hizo ni lo uno ni lo otro.

—¿Dónde estais, Santiago? gritó de nuevo Perceval, abriendo la puerta.

La luz de las lámparas del cuarto de Estevan iluminó la antesala y fué a caer a plomo sobre la pálida cara del viejo escoces, que Perceval, demasiado preocupado para reparar en su lividez, cogiò por el brazo y llevó bruscamente hácia él. Viéndose el infeliz criado en medio de los temibles objetos que habian causado su primer espanto, cubrió sus ojos con las manos, mientras que sus dientes rechinaban como unas castañetas.

—¡Vamos! le dijo Francisco.... ¿qué tienes que decirme?

—¡Oh! murmuró este temblando, ¡es el demonio, señor!

Francisco, colérico, dió una patada en el suelo; mas Santiago por la primera vez de su vida, no hizo caso del enojo de su amo, y comenzó a dar vueltas a fin de colocarse de modo que sus miradas no encontrasen los huesos limpios de una preparacion anatómica.

Tan difícil era esto, que Santiago hubiera dado vueltas largo tiempo, sin llegar a la solucion del problema, si Perceval no le hubiera cogido otra vez del brazo, obligándole a permanecer y preguntarle:

—¿A quién has visto?

—¡Oh! señor y tanto como he visto....

—¿Qué te han dicho?

—Os juro que no me ha hablado, señor, respondió Santiago pensando en el fantasma. Si tal hubiera hecho, caigo muerto en el acto.

Sin embargo, su carta es positiva, esclamó Francisco, que todo entero en una idea fija, no veia mas que una negativa pura y simple en esta respuesta. Y volviendo a abrir la carta con viveza, leyó en alta voz:

"Estimado primo:

"No pudiendo separarme un solo instante de la cabecera de la cama de nuestra querida enferma, no tengo tiempo para deciros sobre qué fundo el vislumbre de esperanza que acabamos de concebir. No obstante, deseo que os regocijeis por lo que miramos como una alegría, en comparacion de nuestro mortal desaliento, y encargo al portador...."

—¡Ah! señor, perdonadme, respondiò Santiago, un tanto tranquilizado por la constante inmobilidad de los esqueletos; ahora recuerdo que hablais de Lucía, la doncella de miss Diana Stewart....creia....

Santiago se detuvo y aplicó el oido, por figurarse oir del otro lado de la puerta un ruido estraño semejante a un sordo gemido.

—¡Escuchad! ¡escuchad! murmuró; ¡si llegase a venir!

—¡Este hombre está ébrio! dijo Mac-Nab con impaciencia.

Santiago volvió hácia el jóven médico su hermoso y encendido rostro en donde se leía, entre los síntomas de un irresistible espanto, la indignacion escitada por el dicho que acababa de oir.

—Fergus, yo no estoy ébrio, dijo; pero esta casa no conviene a un cristiano....y yo no soy un santo, señor, para hallarme escento del miedo del demonio.

Francisco y Estevan se miraron.

—Alguna cosa estraordinaria le ha sucedido, repuso este último.

—Santiago, hombre, dijo Perceval con tono suplicante, ¡serenaos, por Dios!.... ¡Si supiéseis lo que me hace sufrir vuestra lentitud!

—¡Oh! Perceval, ¡oh! señor, esclamó; tened piedad de mí. Yo trataré....

¡Mas qué cuidado se me da a mí del demonio! añadió dejando su aire contrito para lanzar a los esqueletos una mirada provocadora; ¿qué cobardía es la mia?.... Escuchad.... La doncella de miss Stewart deseaba ver a su señoría.... y me ha dicho al darme la carta, que la señorita habia hecho un movimiento.

—¡Un movimiento! esclamó Estevan.

Francisco se detuvo con un gesto.

—¡Un movimiento, repitió Santiago; pero tan pequeño, que miss Stewart no sabe si ha visto bien.... Lo cierto es que.... ¡Dios nos ampare! interrumpióse aquí el viejo criado cayendo en una silla; el demonio está detras de la puerta.

Un segundo gemido mas terrible y lúgubre, que tambien oyeron ambos amigos, acababa de llegar a los oidos de Santiago.

Estevan se levantó; pero en seguida volvió a reinar el mas profundo silencio.

—¡Qué mas! ¡qué mas! dijo Perceval.

—¿No habeis oido, murmuró Santiago, cuyos miembros todos temblaban; ¿es la voz de un hombre?

—¡Qué mas! ¡qué mas! te digo ¡desgraciado! esclamó Francisco, ¡habla!

Santiago apretò convulsivamente su frente calva entre sus manos para traer a la memoria sus ideas, y repuso con trabajo:

—¡Ah! ya me acuerdo, señor.... Los ojos de la señorita han cambiado de direccion.... ¡Dios nos ampare!.... cuando se ve lo que yo he visto esta noche, ¡es cosa de morirse! Perdonadme, señor.... Como el médico de miss Trevor estaba ausente, fueron a buscar otro, y este ha dicho que una crísis....

Santiago no acabó y doblóse con la cara hácia el suelo, pues el grito doloroso y salvage acababa de resonar en la direccion de la escalera.

Francisco se encolerizò, pues en aquel momento solo podia impresionarle la nueva pausa de las esplicaciones de Santiago.

Estevan mas sorprendido de lo que pudiéramos decir, abrió la puerta de su cuarto, y oyó como un ruido de sollozos en el cuarto de Ana y Clara.

Luego una voz llena de lágrimas, una voz de hombre baja, ahogada, comenzò a cantar con un acento de profundo dolor, una balada familiar a los oidos escoceses del jóven médico.

Decia así:

El laird de Killarwan
Tenia dos hijas:
Nunca las vió un amante
Mas peregrinas
En Glen-Girvan.

Mucho debió sorprender al viejo Santiago que el demonio supiese la cancion del laird de Killarwan y que la cantase en escoces castizo. Mas no tuvo tiempo para pensar en su sorpresa, pues habiéndose precipitado Francisco y Estevan hácia afuera, quedó solo en el cuarto, donde no habia mas luz que la de la chimenea.